

Antón Mallick
quiere ser feliz

Nicolás
Casariego



Antón Mallick
quiere ser feliz

Nicolás
Casariego

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1180

© Nicolás Casariego, 2010

© Ediciones Destino, S. A., 2010
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es

Primera edición: mayo de 2010

ISBN: 978-84-233-4262-4
Depósito legal: B. 20105-2010
Impreso por Cayfosa
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A D.N., que ya son años.

«Y es el caso que el fin, creo yo, es siempre
el mismo, el vivir más a nuestro gusto
y a nuestras anchas.»

MICHEL DE MONTAIGNE

«¿Cuánta verdad soporta, cuánta verdad
osa un espíritu?»

FRIEDRICH NIETZSCHE

«La familia es una de las obras maestras
de la naturaleza.»

GEORGE SANTAYANA

13 de octubre de 2009, martes

Me llamo Antón Mallick y tengo treinta y dos años. A lo largo de mi vida mucha gente me ha dicho que mi apellido es extraño. Yo les respondo que no. Sencillamente, es húngaro. Vidor Mallick, el padre de uno de mis tatarabuelos, llegó con veinte años a Madrid, en 1830, caminando desde Pest, según relató. Nadie supo jamás a qué se dedicaban ni él ni su familia en su ciudad de origen, quizá porque al principio nadie le entendía, o porque nunca se lo preguntaron. Era un hombre guapo, más bien bajo, atlético, profundamente vitalista y muy sonriente, aunque le acusaban de tener ataques repentinos de ira. No era sincero, pero al menos no llegó diciendo que era aristócrata o pianista, como otros. Aprendió rápidamente el castellano, se casó con una española fea y humilde, pero leal y poco gastiza, abrió una zapatería, hizo mucho dinero con todo menos con los zapatos y murió con sesenta años, en pleno esplendor. Así que el primero y último en enriquecerse en mi familia, al menos que se sepa, tuvo que ser un emigrante húngaro.

Hasta su irrupción se supone que fuimos siempre pobres y mediocres, desde los tiempos de Adán. Además, Vidor Mallick sabía escribir, y no me refiero solamente a que no fuera analfabeto. Contó su vida fabulada (así la llamaba él) a su pesar, porque despreciaba la escritura y a los escritores, en un cuaderno titulado *Confesiones de un español que una vez fue húngaro*. Lo conserva el imbécil de mi padre, y sólo tengo una copia de la traducción al español, encargada por mi tío Juan. Es un gran libro de antememorias, y si no lo hemos publicado es porque preferimos disfrutarlo sólo nosotros, como si fuera un cuadro de dudosa procedencia, uno de esos lienzos que duermen escondidos tras las cortinas de la pared de un sótano y sólo ven la luz cuando el dueño se lo muestra orgulloso a una visita muy especial, preferentemente del sexo deseado, de noche y a solas.

Pero la historia de Vidor Mallick, sus amoríos con mujeres casadas y sus trapicheos con mercancía robada tienen poco que ver con este diario. Este diario es una especie de crónica, o de cruzada, o de crónica de una cruzada, y lo redacto con el improbable fin de que me sirva de terapia. Hoy, una vez más, me ha ocurrido algo horrible y absurdo a la vez, algo que me ha sumido en otra intensa crisis de angustia. Al principio yo era yo, pero, de improviso, yo no era yo, sino otro, y resultaba de lo más extraño no ser yo y estar dentro de mi cuerpo en medio de una librería llena de gente. Entonces, aterrorizado, inmóvil, mientras la cajera me miraba sin saber si debía gritarme o llamar a seguridad, al recordar que el nombre de mi antepasado húngaro significa «feliz» y que él asegura-

ba serlo, regresé, volví a ser yo, Antón, y decidí sobreponerme a mi fatal destino.

Se acabó. No quiero seguir siendo pesimista, ni víctima. Me niego a ser un agujero negro. Este cuaderno, que dedico y dirijo a Vidor Mallick, jugador empedernido y aficionado a la usura, certifica mi voluntad de optimismo, es decir, mis enormes ganas de convertirme en un hombre sonriente, feliz y *normal*, de esos que se levantan de la cama siempre con ánimo y tienen respuestas para casi todo. Creo que es posible: hay, según se dice, muchos hombres así repartidos por este mundo, al que los otros, los pesimistas, quizá más numerosos, describen como el mismísimo infierno. Hablará de la felicidad, o de su búsqueda, que es lo único que nos importa a los seres humanos, aunque algunos pretendan interesarse por la sabiduría, por el poder o por el amor a secas, fingiendo ignorar que al fin y al cabo todo eso no son más que medios dudosos para alcanzarla, o al menos para despistar la tristeza y la certeza de la muerte. Hablará, en fin, de mi vida y de ese ideal inalcanzable que no sabemos siquiera definir sin acudir a términos tan vagos como «satisfacción» o «estado de ánimo» o «gusto» o «contento».

Que así sea.

14 de octubre de 2009, miércoles

Hace una noche estrellada, querido Vidor (¿me permites que me dirija a ti, mi antepasado feliz?), muy limpia, de aire tan transparente que sólo puede ser

frío. Acabo de llegar a casa bebido y oliendo a perfume barato. He fumado un cigarrillo en el balcón, mirando el firmamento, y he tratado de imaginarme cómo sería tu infancia en Hungría, de la que apenas hablaste, con el Danubio arrastrando placas de hielo, congelado y a la vez en movimiento. Creo que tú no hablabas ni escribías de tu niñez no porque hubiera sido horrorosa, como siempre creyeron en mi familia, sino precisamente porque fue una infancia feliz, insuperable, y te dolió dejarla atrás.

Hoy por la mañana llamé por teléfono a Bela, pero no respondió. Bela es mi hermana. Ya te pondré al tanto de ella, Vidor, pero por ahora me conformo con decir que es un ángel. Necesitaba tanto hablar con alguien que se me ocurrió visitar a Zoltan. Sé que no fue una gran idea, pero nunca me he esforzado por tener grandes ideas: se las dejo a los Grandes Hombres. Zoltan es psicólogo. Tiene una consulta de terapia conductual y cognitiva —a mí que me registren, no sé muy bien qué se trae entre manos— en la calle Mayor, no lejos de la Puerta del Sol. Es un lugar ruidoso y bullanguero, plagado de turistas, que lleva años en obras y es recorrido habitualmente por manifestaciones, desfiles y procesiones. No le pega nada, pero, ¿qué le pega a Zoltan?

Fui caminando, lo acostumbrado desde que vendí el coche y la moto. Como todos los Mallick, cuando paseo miro las caras y los cuerpos de la gente, raramente los escaparates o los edificios o las aceras o los coches. Una vez más me topé con caras tristes y cuerpos deformes, pero como ahora soy optimista, pensé, por ejemplo, que la gorda a la que se le había

caído al suelo un billete de veinte euros y no podía recogerlo, y que me pidió con unos ojos apagados y llorosos que la ayudara, era una mujer feliz que disfrutaba cuando le echaban una mano tipos educados como yo, y que si no se había quitado las verrugas con largos pelos que afeaban su rostro macilento era porque no le apetecía, no porque no se le pasara por la cabeza mejorar su aspecto, ni porque nadie fuera a apreciar el cambio, ni porque no tuviera dinero para operarse.

Según subía de dos en dos los escalones del número treinta y uno me pregunté por qué Zoltan no había trasladado su consulta a un lugar más tranquilo, o al menos con ascensor, teniendo en cuenta que le iba de maravilla y cobraba una fortuna. Quizá hubiera algo perverso en aquello, quizá le gustase que sus inseguros pacientes llegaran, además de atribulados, sin resuello y sudorosos.

Linda, la secretaria, me abrió la puerta. Es de las pocas personas que hacen honor a su nombre: mi tía materna se llamaba Milagros y su único milagro reconocido por todos fue morir; Sol, mi abuela paterna, era tan triste y oscura que para qué seguir. Linda tiene veinticinco años, un pelo negro brillante, nariz ancha, y está especialmente bien proporcionada. He de añadir que es negra, hija de guineanos. Pertenece a la primera avanzadilla de inmigrantes ya *normalizados*, y habla un castellano llamativamente bueno. Creo que se alegró al verme, aunque en su mirada también advertí que no le apetecía nada tener que decirle a Zoltan que había aparecido en su consulta sin avisar.

Dejé mi abrigo y me acompañó a una salita en la que esperaba su turno una paciente madura y pintarrajeada, con los labios operados y aspecto de necesitar urgentemente un revolcón o dos, o incluso tres. Del mismo modo que cuando entro en un hospital, aunque esté enfermo, miro a la gente con aprensión, porque pienso que están mucho peor que yo y que sufren males terribles, o que afectan a la higiene, o muy contagiosos, en las contadas ocasiones en las que he ido a la consulta de Zoltan sus pacientes me han dado miedo, como si fueran locos agresivos que se pudieran abalanzar sobre mí y morderme. Sé, Vidor, que es del todo ridículo, porque probablemente el que esté peor, con diferencia, sea yo, pero...

Me senté en una esquina y eché un vistazo a las revistas que había sobre la mesa baja de caoba. Confirmé una vez más que lo de ofrecer revistas viejas en las consultas era una especie de tradición clínica, tan venerable entre los doctores como la de hablar del fin de semana mientras te operan. Tuve que contentarme con un *Hola* atrasado en el que nuevamente mostraban la casa de un millonario de gusto atroz. Pero el papagayo que tenía delante —me refiero a la señora de los labios operados— no dejaba de mirarme de reojo y mi miedo crecía sin control. ¿Me mordería con su dentadura postiza? Por suerte Linda me rescató y me llevó ante Zoltan.

Zoltan. Aparte de tener nombre de supervillano de cómic, es un hombre alto y delgado, de cuarenta años, con aspecto de haber vivido mucho tiempo en el extranjero, lo que es cierto, y de ser buena persona, lo que no lo es tanto. Algunas mujeres le encuentran

atractivo, sobre todo cuando se irrita y arquea sus espesas cejas, pero esto ocurre raramente, y lo corriente es que le encuentren un poco soso e inaccesible, porque está casado y es, salvo mayúscula sorpresa, fiel a la plasta de su mujer, María, que es guapa, simpática y tan sosa como él, aunque más accesible y tierna. Luego están sus gemelos, que son también como marcianos, aunque, en su caso, graciosos. Para entendernos, querido Vidor, Zoltan y su familia o son simpatizantes de algún partido político o lo serán, y creen en la sociedad y en la democracia y en la lucha contra el cambio climático y en cualquier majadería asociada al bien y al progreso de la humanidad.

Nada más ver su rostro perfecto, de rasgos clásicos, su cabello rubio y sus ojos azules, me di cuenta de que mi visita era un error, y de que no había nada más humillante y desagradable que ser débil, aunque fuera temporalmente. Nada más indignante que depender de otra persona, necesitar su ayuda, rogar que te reconforten. Nada peor que ser una víctima digna de compasión, un acreedor moral, alguien que merece más del mundo y de sus repugnantes moradores.

—Hola —saludé, sin sonreír.

—¿Qué te trae por aquí, hermano? —preguntó Zoltan mientras se sentaba tras su escritorio y me indicaba un sofá de cuero negro, sonriente pero dejando claro con su impaciente gesto que mi visita en horas de consulta no era muy oportuna.

Sí, Zoltan es mi hermano Zoltan Mallick. En su caso, como en el de mi hermana Bela, no sólo su apellido es húngaro, también lo es su nombre. La tradi-

ción familiar determinaba que el primogénito debía llevar un nombre húngaro y sólo se rompió una vez, cuando un Mallick arruinado (el bisabuelo, un manirroto un tanto lerdo y muy gordo), llamó Lola a su primera hija, por joder, harto de las deudas contraídas y del presunto glorioso pasado húngaro. A mi padre, por el contrario, además de nombrar Zoltan al mayor, se le ocurrió llamar Bela a mi hermana, también a la húngara. Cuando nació yo mi madre le dijo al idiota de mi padre que ya era suficiente con que dos de sus hijos fueran a sufrir burlas en el colegio por sus nombres. Mi padre, Lajos, es el primogénito (su único hermano era el tío Juan, mi mentor, un hombre excepcional). Recordó entonces cómo a él, mientras le propinaban unas buenas collejas, le llamaban en el instituto «Escupitajos» o «Arrendajos» o «Andrajos» o «Latinajos», dio el brazo a torcer y accedió a llamarme Antón, apócope de Antonio, según él proveniente del griego florido y, por lo tanto, más que aceptable.

—¿Qué te trae por aquí, Antón?

No sé qué le pasaba a mi hermano, porque él no suele mostrarse así de impaciente. Aprendió a reprimir sus bajos instintos y su espontaneidad y su mal carácter en los Estados Unidos, dónde se educó. Decidí ir al grano.

—Voy a ser padre, Zoltan.

Mi hermano se encogió como si le hubiera disparado en la barriga.

—¡¿Qué?! ¡¿Tú?! ¡¿Cómo?!

Le conté que la víspera, como soy un espíritu libre, sin compromisos, había ido a pasar la tarde a unos

grandes almacenes de productos culturales, en Callao. Curioseé por aquí y por allá, y aunque no quería comprarme nada, acabé consumiendo, como casi siempre. Cogí un par de películas antiguas del oeste y me puse en la cola de una de las cajas registradoras.

—¿A eso te dedicas ahora? ¿A ver películas del oeste en blanco y negro?

Iba detrás de una mujer joven vestida con un abrigo de tweed. Me puse muy cerca de ella, a sus espaldas, para meterle prisa. Me fijé en que ella se llevaba los cuatro devedés de la saga *Arma letal*, de Mel Gibson, y pensé que el mundo está repleto de intelectuales. Cuando ya se iba, justo cuando le di a la cajera la tarjeta y el DNI, se volvió hacia mí un instante, me llamó por mi nombre y me dijo que iba a tener un hijo mío.

—¡Pero Antón! ¡Dios!

Se me nubló la vista, me quedé petrificado, y antes de que me diera tiempo a reaccionar, o a mirarla para ver si la reconocía, me sobrevino un ataque de angustia y mi conciencia huyó de mi cuerpo, como lo hacen las almas cuando alguien muere.

—¡Menos literatura, Antón!

La cajera, nerviosa, me hablaba, pero no la oía, yo ya no estaba allí, sino afuera, en otro lugar, y debieron de pasar un par de minutos interminables, una zambullida en el vacío, y cuando volví en mí un guardia jurado me estaba sujetando y una chica muy agradable de aspecto parisino me miraba asustadísima, y la cajera estaba hablando por teléfono, y les sonreí sin ganas y les dije que ya estaba bien, y la Mujer Misteriosa se había evaporado, como si fuera la

sombra de un sueño, ni rastro de ella, y pagué las películas, y...

—Antón, ¿a qué viene esta historietita? —me interrumpió Zoltan, parapetado tras su escritorio antiguo de madera—. ¿Para esto me has hecho hacer esperar a la señora Jarque? ¿Has perdido el juicio?

Le dije a mi hermano que sí, que eso era precisamente lo que le estaba contando, y que había sufrido el primer ataque severo de angustia en meses. Pero él no creía en la existencia de la Mujer Misteriosa. Prefería pensar que era un liante. Era más cómodo. Al fin y al cabo, ya me consideraba un demente antes de que le contara mi encuentro con la Mujer Desestabilizadora, y si mi historia fuera cierta y encima fuese a tener realmente un hijo con ella, entonces sería justo pensar que su hermano, es decir, yo, no era especialito, sino que alguien, llámese Diablo o Azar, jugaba con su destino. Y eso, que yo fuera una persona normal víctima de la mala suerte, sería una derrota para el memo de Zoltan, no lo podría soportar, él, que al fin y al cabo es conductista y racional. Me preguntó si seguía viendo a Domínguez, mi psiquiatra, y yo le confesé que no. Domínguez atesora una inteligencia emocional superlativa, y con su empatía podría llenar varias botellas de litro. Quizá por eso es tan famoso. Pero además es más bobo que yo en términos de inteligencia puramente clásicos, y lo abandoné tras demasiadas sesiones en las que él no lograba nada y mi cuenta corriente disminuía de modo alarmante. Además, en realidad se limitaba a recetarme drogas, y para eso podía recurrir a mi hermano.

Zoltan se enfadó, me dijo que así no iba a ningu-

na parte, y que el proceso de recuperación era largo, pero yo le hice callar, le prometí que buscaría otro psiquiatra y le pedí una receta de alprazolam y otra de paroxetina. Fue por las recetas al despacho de su socio —él, simple psicólogo, no puede prescribir medicamentos—, y cuando regresó con ellas me aseguró que eran las últimas que me daba.

—No quiero ir a la cárcel, ¿entiendes? ¡Tengo una familia! Vuelve con Domínguez, y pídeselas a él, que es tu médico. ¿Qué te crees, que puedes auto-medicate?

Ni caso. Le expliqué que había decidido ser optimista.

—¿Qué? ¿Qué coño dices ahora? ¿Optimista? ¿Tú?

Zoltan se dio cuenta de que lo decía en serio, y quizá eso le acabó de asustar, porque se levantó para hurtarme la expresión de su rostro, fue hacia la librería que cubría una de las paredes y entresacó unos libros. Mi hermano y mis padres siempre dudan entre admirarme o compadecerme, y es corriente que se avergüencen de mí. A mí me pasa lo mismo con ellos, me refiero a lo de sentir vergüenza ajena en su presencia, porque nunca les compadecí ni admiré. Zoltan me entregó unos libros que, según él, iban a ayudarme a convertirme en una persona optimista, y me fue llevando disimuladamente hacia la puerta. Así actuaba él. Así era su vida, por lo menos en apariencia. Recetas sencillas y prácticas. ¿Que quieres ser optimista? Toma unos libros, hombre. Pero nada de hablar, nada de charlar un rato con su hermano, aunque se encontrara fatal. En el mundo de Zoltan los horarios se cumplen, y las horas de visita, sobre

todo si se deben tratar temas escabrosos, comienzan a partir de las nueve de la noche, cuando los niños se han acostado y los monstruos ya pueden salir de los armarios.

—Te tengo que dejar, pero quedamos una noche de éstas, ¿de acuerdo? ¿Necesitas dinero? Cuando Linda me dijo que estabas aquí, pensé en escapar por la ventana. Como el otro día me dijiste que tenías la cuenta tiritando... —bromeó Zoltan, sin gracia alguna—. Casi prefiero lo de esa mujer embarazada... ¿Seguro que no te lo has inventado?

Eso me dolió. Me refiero a la última pregunta. Profundamente. La sangre se me subió a la cabeza y creí que me iba a estallar.

—¿Me lo estás preguntando en serio? ¿Me estás preguntando en serio si me he inventado lo de la mujer?

—Sí —respondió mi hermano, un poco asustado, consciente de que había cruzado una línea muy peligrosa—. Quizá sea una broma para llamar inconscientemente la atención, o...

—Bien —le dije, simulando una sonrisa—, te contesto si tú me respondes a una pregunta.

—Está bien: dispara.

—¿TE TIRAS A TU SECRETARIA? —grité.

—¡Por Dios! —y bajó la voz, mirando muy asustado hacia la zona de recepción— ¿A Linda? ¡No! ¡Estás enfermo, Antón!

—¿ENFERMO? —grité, fuera de mí—. Lo más normal, querido hermano, viendo a Linda, es pensar en acostarse con ella. Eso es lo sano, no me vengas con idioteces. ¿NI SIQUIERA HAS FANTASEA-

DO ALGUNA VEZ CON FOLLAR CON ELLA?
¿CON METERLE TU MINÚSCULA POLLA?

¿Eran así tus ataques de ira, Vidor? Zoltan me dio la espalda, indignado y avergonzado de mí, y yo me dirigí hacia la salida. Cuando Linda me despidió, noté cierta compasión en su mirada, ese «pobre Antón» que me persigue desde hace un año y no soporto, y mientras me entregaba mi abrigo gris le pedí el teléfono, para vengarme de los dos. Creo que me dio su número complacida, aunque también es posible, si oyó mis gritos, que tuviera miedo y me diera uno falso.

Al llegar a la calle me sentí tan ridículo por la escena que acababa de protagonizar, y por haberle pedido después el teléfono a Linda, que entré en un bar. Allí, agazapados tras la oscuridad de un local feo, con el suelo plagado de cáscaras de gambas y demás inmundicias, unos cuantos perdedores bebían alcohol en silencio. La gente común, o de bien, o poco imaginativa, ignora lo fácil que es convertir el día en noche, el sueño en pesadilla. ¿Cómo sobreviven?, me pregunté, ¿cómo puede haber en las ciudades tantas personas sin hacer nada, vegetando, personas a las que no se dirige ningún anuncio emitido antes de la una de la madrugada? Pedí un whisky. Luego otro. Hubo un momento en el que recordé que había jurado intentar ser optimista y que no tenía motivo ni excusa para comportarme de un modo tan inmaduro y asocial, y entonces me pedí la tercera copa. Nada más triste que la postadolescencia sin sorpresas, que las ruinas de la adolescencia, me dije. No lloré. No me quejé. No conté mi vida al borracho de al lado. Sólo bebí. Y mientras bebía, pensaba que

no valía la pena beber, porque no soy alcohólico ni jamás he sentido deseos de destruirme, al menos conscientemente.

Ahora debo acostarme, son más de las cinco de la mañana y estoy exhausto. El cielo se ha cubierto y ya no hay estrellas. Sólo frío y una quietud engañosa. Ojalá no tarde en dormirme.

15 de octubre de 2009, jueves

Nuestro mundo pretende ser mejor de lo que realmente es. Los países, los gobiernos, las empresas, los productos, las personas, todos muestran su mejor cara (una cara, por otro lado, espantosa, delirante, enferma). Aquí, en el planeta Tierra, nos ocupamos fundamentalmente de esconder la mierda debajo de la alfombra y seguir adelante. Si a los no-nacidos les explicaran cómo es realmente esto y les preguntaran si quieren venir con nosotros, no nacería ni uno, o sólo los peores, o los masoquistas, o los inconscientes, o los despistados, o los santos, que deberían estar incluidos en el conjunto de los peores. «¿Y bien?», podrías decirme, Vidor. Te preguntarás a qué viene mi discursito. Viene a que no es tan extraño que yo, un individuo del siglo veintiuno que ya está aquí, un tipo al que nadie preguntó nada antes de llegar, me esfuerce por ser optimista. Es lo adecuado, *lo elegante*. En lugar de llorar, sonrío, hombre, sonrío.

Bela sigue sin responder. Le he dejado un mensaje. Es posible que haya tenido otra de esas peleas con John Grant, su pareja, por llamarle de algún modo.

Además, lo de la diferencia horaria entre España y Estados Unidos es una pesadez. Te obliga a planear las llamadas. Este mediodía, cuando me he despertado y he ido a la nevera por un zumo de naranja, al ver la luz mortecina que entraba por la terraza, las cajas invadiendo el salón, los cables colgando del techo de la cocina y el desorden general, he decidido que se acabó. Si pretendo levantar cabeza y dejar de ser una víctima gimoteante, lo primero es hacer habitable el apartamento. No hay felicidad posible en la inacción, ni en el desorden, ni siquiera para el asceta, o el diablo, que son profesionales cada uno de lo suyo. Me he duchado, he desayunado un café y unas tostadas, he puesto un cedé de *Nora*, la ópera, y he empezado a ordenar. Debo deshacerme de todo lo que no había sido capaz de tirar cuando me mudé. Dejar la casa sin recuerdos, sin objetos que me aten aún más al pasado. También he planchado una montaña de ropa y he barrido.

A las seis de la tarde he ido a comprar unos apliques a Simsum, y hacia las siete, cuando ya había instalado la lámpara en la cocina, me he encontrado con los libros que me regaló Zoltan (¿o prestó?; comprobar, con él nunca se sabe). A saber: *La psicología del optimismo*, de Susan C. Vaughan, subtulado con ingenio *El vaso medio lleno o medio vacío*; *La fuerza del optimismo*, de Luis Rojas Marcos; *Tus zonas erróneas*, de Wayne W. Dyer, subtulado con pericia *Guía para combatir las causas de la infelicidad*; *Sobre la felicidad*, de Alain; y *La conquista de la felicidad*, de Bertrand Russell. Sólo con la lectura de los títulos ya me han entrado ganas de vomitar, Vidor, pero he recordado

mi promesa y pienso cumplirla. Al fin y al cabo, me vendría bien que estos capullos tuvieran razón, y que la felicidad fuera sólo cuestión de disciplina personal, de férrea voluntad, de buena disposición, y no de suerte, o de las circunstancias, o de los genes, o de la falta de inteligencia, o una mezcla de todo.

He preparado una merienda cena y me he puesto a leer, comenzando por el engendro de la señora o señorita Susan Vaughan. Susi es autora de otro libro superventas, *Viagra*. Mmmmmmmmmh, no veo el momento de ir a comprármelo. Me la imagino con sus colegas, en un *loft* superneoyorquino, cenando supersushi, todos superfelices, ja, ja, ja, ¡más sake, venga!, ¡pásame un viagra y un Lexatín!, ja, ja, ja. Fascinante. Tras indigestarme con unas cien páginas y tirarlo a la basura, he leído otras cien de *Tus zonas erróneas* y he seguido limpiando y ordenando hasta la una de la madrugada.

No hay nada que me haga sentirme más optimista que haber sido capaz de deshacerme de un libro infumable (el de Susi) sin mala conciencia, con bastante placer. ¿Quién dijo que no debemos tirar libros a la basura? ¿Quién dijo que existe *algo* que no merezca acabar en la basura?

16 de octubre de 2009, viernes

Recoger, abrir los sobres (montones y montones de cartas, y de pésames, y de invitaciones, y de extractos bancarios, y de facturas, y de fantásticos premios por llamarme Antón Mallick, un año entero tirándolos según llegaban sobre los trastos del cuarto que iba a

ser mi despacho y que hoy es un basurero). Por fin me ha llamado Bela. Me jura que ella y John están bien. Sus alumnos siguen sin atender en clase. En la universidad continúan considerándola una profesora muy válida y eficiente. Los Celtics no pueden con los Lakers de Gasol. John sigue sin acabar su novela. No se siente ni española ni estadounidense.

Nada nuevo, Vidor. Bela, sin ser optimista, es una mujer razonablemente feliz, o al menos así era antes de irse a los Estados Unidos y amancebarse con John. Es alegre y divertida, con un ligero toque de malicia y una risa contagiosa, como de perro pulgoso. A diferencia de mí es una luchadora, tiene facilidad para restar importancia a los problemas. Siempre nos hemos apoyado el uno en el otro. Le he contado todo y con ella no me ha hecho falta esforzarme para que me creyera. Tiene razón en lo que dice: quizá la Mujer Misteriosa no sea más que una Loca Furiosa, o una Graciosilla Disparatada, aunque resulta un poco inquietante que supiera mi nombre. También es verdad que en los últimos tiempos he conocido a mucha gente en un estado un tanto lamentable, casi siempre de noche. Es más probable que ellos se acuerden de mi nombre, y de mis muertos, que yo de ellos, y también es posible que me haya relacionado con dementes sin saberlo o sabiéndolo sólo a medias o creyendo que eran únicamente locos circunstanciales o almacenes móviles de sustancias prohibidas. Bela dice que si fuera cierto que esa Mujer Loca o Misteriosa o Desestabilizadora está embarazada de mí y quiere algo —principalmente dinero, no nos hagamos ilusiones, Vidor, no quiero oír la palabra «responsabili-

dad», y no digamos esa otra, la de los anuncios y las películas y las novelas románticas y las conversaciones entusiastas en voz baja, esa palabreja, «amor»—, ya se pondrá en contacto conmigo. Es sabia, mi hermanita. Oírla, como siempre, me ha calmado.

A Bela le ha hecho mucha gracia lo de mi diario y los libros de Zoltan y me ha prometido enviarme un paquete con obras que tengan que ver con el optimismo y la felicidad, o que al menos lo traten, aunque sea de pasada. Seguro que son mejores que los libros de autoayuda de mi hermano mayor.

Son las dos de la madrugada, no consigo dormir (me asaltan mis fantasmas), y acabo de terminar *Tus zonas erróneas*. Cuando leo ensayo, suelo subrayar y tomar notas en el propio libro. Ya que Zoltan y Bela han decidido embarcarme en la aventura de leer, he decidido incluir en el diario mis comentarios sobre las lecturas. Así, contaré mi Historia y, a la vez, la Historia de Mis Ideas (que, naturalmente, pueden contradecirse). Quiero saber cómo leo estos libros, cuáles son las reflexiones que me provocan, y si su lectura cambia *realmente* mi modo de pensar acerca de la felicidad. ¿Es posible ser feliz? Veremos. Repetir diez veces antes de dormir: «Sí, es posible, sí».

COMENTARIOS LECTURAS LIBROS ZOLTAN

Sobre *Tus zonas erróneas* (1978), de Wayne W. Dyer.

Bien. Es la primera vez que leo un libro de autoayuda, Vidor, aunque en más de una ocasión he estado a punto de comprarme uno. En principio *Tus zonas erróneas* debería ayudar-

me a ser más feliz, a combatir mi pesimismo estructural, a parecerme a ti, ¿no? Si alguien trata de transmitir cierto optimismo mediante un libro, lo primero que debería hacer es saber pensar y saber expresarse para no poner de los nervios al lector, ¿no crees, Vidor? *Hacer las cosas bien*. Pues lamento decirte que Mr. Dyer (a quien sospecho ha traducido su peor enemigo) no comparte nuestra opinión. A él todo le importa un bledo. Se cisca en sus lectores, en el diccionario, en la filosofía, en la gramática, en todo, y, además, le va la mar de bien, como a Susi Vaughan (es probable que hayan cenado supersushi juntos en más de una ocasión). Para abrir boca, dice que su libro es maravilloso (sobran comentarios sobre su humildad, educación, etcétera). Los libros de autoayuda, Vidor, son una especie de electrochoque para marginados, inseguros, desesperados, indocumentados, gente inocente o fracasados (como yo). Mr. Dyer se enfrenta al optimismo realizando un trabajo chapucero y degradante de cosmética mental. ¿Cómo podría explicártelo, Vidor? Hoy a las seis he hecho un alto en la lectura del correo atrasado y me he visto media hora de la película porno que compré el otro día en un quiosco. Pues bien: el porno es al sexo lo que los libros de autoayuda al pensamiento. Y el de Dyer, para que te hagas una idea, viene a ser como la grabación del polvo entre una cerda moribunda y un tipo con elefantiasis en los testículos.

Escritores citados por Mr. Dyer: Herman Hesse, D. H. Lawrence, Lewis Carroll, Tolstoi. Añadirlos a una lista de ESCRITORES SOSPECHOSOS. En el caso de Einstein, a quien también cita, FÍSICO SOSPECHOSO, o GENIO BAJO SOSPECHA, si se prefiere.

El toque agresivo, conminatorio, la falta de sutileza, el conductismo extremista. Utiliza silogismos trapaceros para de-

mostrar que la voluntad lo puede todo, ataca la honestidad, los valores, el compañerismo, ensalza la sinceridad total, se ríe del suicidio... En la autoayuda se trabaja el fortalecimiento del ego mediante recetas pueriles. Se trata de ser feliz con uno mismo, no sentirse culpable ni preocupado por nada, potenciar tu creatividad (recalentando pizzas, se entiende, cuando Mr. Dyer habla de «creatividad», sus conceptos podrían aplicarse a los simios), romper con el pasado, vivir el presente, liberarse de los otros y de toda responsabilidad... ¿No recuerda a la tramposa sencillez de la publicidad? $A + B = C$. Así de simple. Ni hablar del azar, de la imposibilidad de controlar nuestras vidas, de la complejidad de las relaciones personales y de los sentimientos... El lector de Mr. Dyer, si sigue sus consejos, puede acabar, sí, feliz y sonriente, pero también solo, convertido en un monstruo, en un psicópata rodeado de cadáveres descuartizados entre los que se encuentra el suyo propio.

Vocabulario utilizado por Mr. Dyer, llamado por sus enemigos el bulldozer del idioma y por sus íntimos el asesino lingüístico: comportamientos autorrealizante y autoderrotante; anticrecimiento; autoaceptación; autoveto (parece que estamos en un taller mecánico, ¿no?); sistema subestimativo; chivo emisario (el que culpa a los demás, no te lo pierdas); minidepresiones...

¿Qué podría decirle, Mr Dyer? Es usted un malnacido. Si me encuentro con más escritores así, no saldré del pozo jamás. Yo trato de ser optimista y usted defiende la voluntad de optimismo, deberíamos ser como hermanos, uña y carne, amigos del alma, pero me temo que, si me lo presentaran, me vería obligado a escupirle en la cara. Sé que no debería decirlo, pero usted y sus manejos me deprimen.